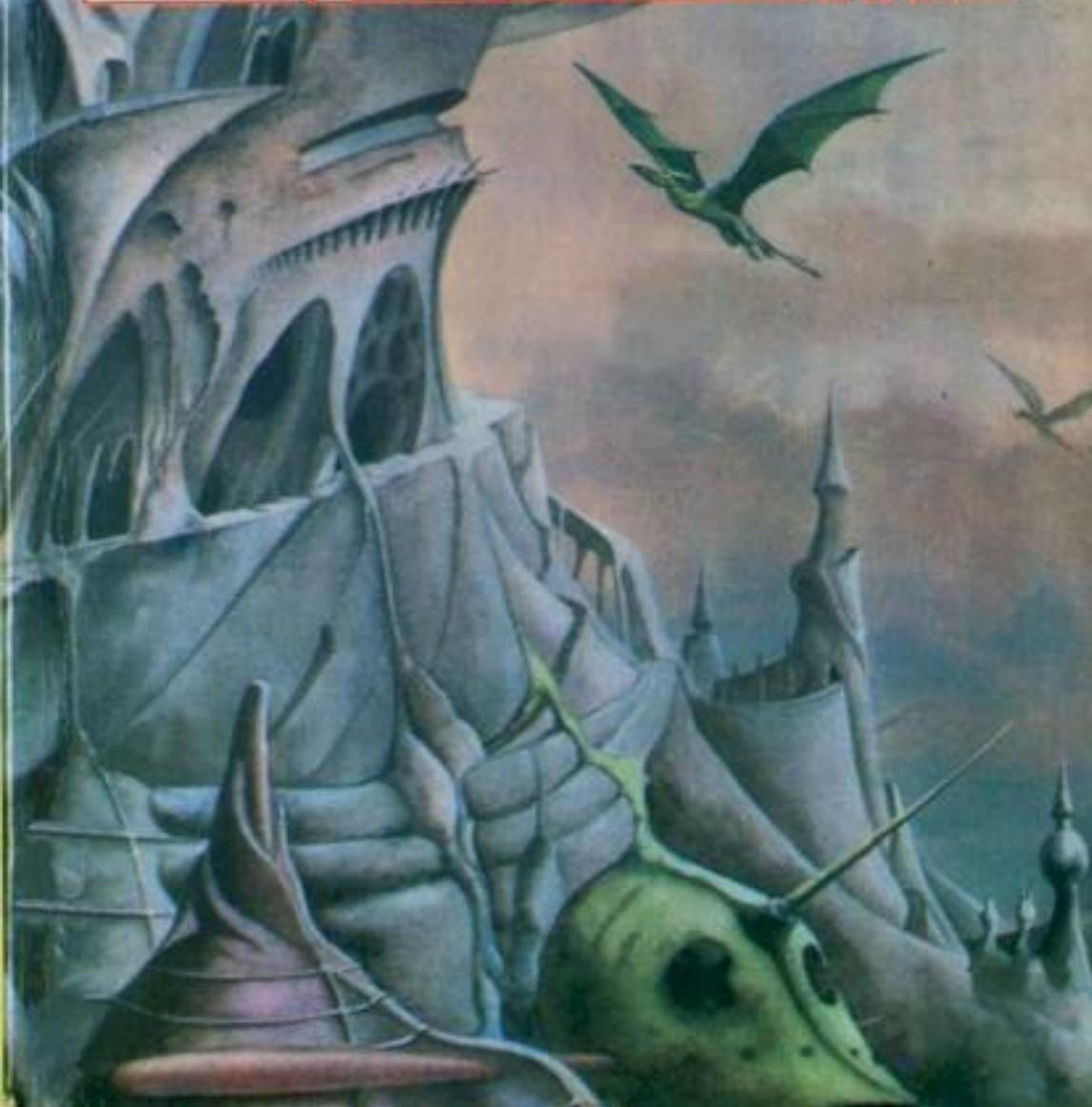


Maxim Jakubowski, Tanith Lee
Jessica Amanda Salmonson, Robert Holdstock

LOS MEJORES RELATOS DE FANTASIA III



La presente antología muestra los nuevos rumbos de la fantasía moderna. Todos los relatos de un soberbio nivel medio, se caracterizan por tratar temas arrancados de los mitos clásicos, desarrollándolos con los instrumentos literarios actuales.

Tanith Lee, ganadora de los premios World y British Fantasy, revela toda su gran talla en "Draco, draco", un dragón en un Imperio Romano que nunca existió. Jessica Amanda Salmonson, que ha obtenido el premio World Fantasy, consigue sobrecogernos en "Hode de High Place", un impecable relato que nos muestra el precio que debe pagarse al conseguir concretar los sueños. Robert Holdstock, galardonado con el premio anual a la mejor obra británica de ciencia ficción y fantasía, narra la historia de un niño con poderes para ver la realidad: "El chico que saltó los rápidos". Maxim Jakubowski, compilador de esta antología y autor de una monumental "Enciclopedia de Fantasía", presenta en su relato "Estrategias oblicuas" la historia de un hombre mediocre que espera inútilmente en un extraño hotel la llegada de lo maravilloso a su vida.

Ellos, junto a los mejores creadores de fantasía del momento: Jane Gaskell, Garry Kilworth, Paul Ableman, Rachel Pollack y David Landford, en nueve relatos inolvidables que expanden las fronteras del género.

Contenido

Títulos originales de los relatos:

Draco, Draco («Draco, Draco», Tanith Lee 1984).

Cuevas («Caves», Jane Gaskell).

La casa que construyó Jacober Built («The House that Joachim Jacober Built», Garry Kilworth).

Hode de High Place («Hode of the High Place [Zothique]», Jessica Amanda Salmonson).

Daniel el pintor («Daniel the Painter», Paul Ableman).

La chica que fue al barrio rico («The Girl Who Went to the Rich Neighbourhood», Rachel Pollack).

Estrategias oblicuas («Oblique Strategies», Maxim Jakubowski).

El chico que saltó los rápidos («The Boy Who Jumped the Rapids», Robert Holdstock).

En el Lugar del Poder («In the Place of Power», David Langford)

Faltan del original inglés:

«The Last of His Breed». (Robert Chilson).

Draco, Draco

— Tanith Lee —

Tanith Lee, residente en Londres, es una de las más populares escritoras de fantasía del mundo, sobre todo para los aficionados norteamericanos. Su prolífica producción de novelas para adultos y jóvenes es tan impresionante como imaginativa. Draco, Draco no es simplemente otra historia sobre dragones, como verán ustedes, sino también un cuento sobre un Imperio Romano que nunca existió. ¡Observen la sutilidad con que se han ocultado las claves del relato!

A veces habrán oído ustedes contar historias sobre hombres que lucharon contra dragones y los mataron. Todas son mentiras. No existe espadachín viviente alguno que haya matado jamás a un dragón, aunque sí algunos, ya muertos, que lo intentaron.

Y, sin embargo, en cierta ocasión viajé con un tipo que se ganó el sobrenombre de «Exterminador de dragones».

¿Un misterio? No. Se lo voy a contar.

Yo me dirigía hacia el sur, procedente del norte, de regreso a la civilización como quien dice, cuando le vi senta-

do en la cuneta del camino. Debo admitir que la primera sensación que experimenté fue la envidia. Era delgado e iba muy limpio para alguien que había estado en las zonas salvajes, y tenía todo el aspecto de un sureño acostumbrado a las ciudades, los baños y el dinero. También estaba loco, porque llevaba oro en las muñecas y en una oreja. Pero llevaba una aguda espada gris, una espada del ejército, de modo que quizá fuera perfectamente capaz de defenderse. También era más joven que yo, y bastante más guapo, aunque esto último no es nada difícil. Me preguntaba qué estaría haciendo cuando, despertando de su ensoñación, levantó la cabeza y me vio, mirándome con aspecto tosco, oscuro y poco afable, como una pieza retorcida de ropa vieja, mientras yo me acercaba montado en mi pequeño caballo.

—Saludos, extranjero. Hace buen día, ¿verdad?

Habló con una actitud relajada y, de algún modo, uno podía deducir que, en efecto, era capaz de cuidar de sí mismo. No es que él creyera que yo era inofensivo, no. Se trataba más bien de que todo su aspecto reflejaba su convicción de que podría arreglárselas si yo trataba de hacer algo. Yo llevaba conmigo la caja de sustancias que suelo llevar. La mayoría de la gente dice de mí que soy una especie de médico, gracias al aroma de las medicinas y las hierbas. Mi padre estuvo con los romanos, y quizá fuera el último romano de todos, con un pie en el barco, dispuesto a regresar a casa, y el otro con mi madre, apoyado contra el muro del corral. Ella decía que él era un médico de campamento, y quizá tuviera razón. En mí se fue desarrollando también una cierta idea de convertirme en médico, aunque, desde luego, no fue nada grandioso. Un farmacéutico itinerante es bienvenido en casi todas partes y puede lograr que hasta los bandidos se comporten civilizadamente. No es un estilo de vida nada maravilloso, pero es el único que conozco.

Admití ante el joven y elegante soldado que, en efecto, hacía un buen día, y añadí que, posiblemente, le gustaría

aún más si no hubiera perdido su caballo.

—Sí, es una lástima. Pero siempre me puedes vender el tuyo.

—Este no es de tu estilo.

Él contempló la pequeña yegua y observé que hacía un gesto de asentimiento. Se me ocurrió pensar que podía matarme y quedarse con el animal, de modo que dije:

—Y todo el mundo sabe que me pertenece. Su posesión representaría un descrédito para ti. Tengo amigos en todas partes.

Él sonrió bonachonamente, con naturalidad. También tenía una dentadura en buen estado. Eso, y el pelo del color de la cebada y todos los detalles de su aspecto..., bueno, era de la clase de hombres que suele conseguir lo que quiere. Sentí curiosidad por saber en qué ejército había servido para haberse ganado aquella espada. Pero desde que las águilas huyeron hay reinos por todas partes, jefes, cabezallas, caballeros romanos, y toda marea trae consigo una invasión en cualquier playa. Y, bajo todo eso, uno puede sentir la tierra, el verdadero suelo, que ha sido medido y sobre el que se han construido buenos caminos. Una tierra que ha sido dominada, pero nunca sometida y que empieza a estremecerse. Como las sombras que surgen en cuanto se apaga una lámpara. Se trata de cosas antiguas, cosas que de algún modo están en mi sangre, de forma que no tengo problema alguno en reconocerlas.

Pero él era como una moneda recién acuñada que aún no conocía la suciedad, y que tampoco había tenido oportunidad de aprender mucho, aunque uno podía ver su propio reflejo en ella, y también cortarse con sus bordes.

Se llamaba Caiy. Finalmente, llegamos a un acuerdo y montó detrás de mí, sobre la grupa de «Negra». Donde yo nací hablaban un latín elemental y yo la llamé así incluso antes de conocerla, debido a su color oscuro. No pude denominarla por su fealdad, que es su otro y único atributo visible.

Lo cierto es que no me gustaba nada deambular por la zona de aquella manera. Uno o dos días antes me habían dicho que había sajones por la región hacia la que me dirigía, de modo que en ocasiones abandonaba los caminos y no tardaba en perderme. Cuando encontré a Caiy me agradaba el camino por el que cabalgaba, con la confianza de que condujera a alguna parte útil. Sin embargo, unos quince kilómetros después de que él se uniera a mí, el camino se perdía por entre un bosque. Mi pasajero también andaba perdido. Se dirigía hacia el sur, lo que por allí no era nada sorprendente, pero la noche anterior su caballo había roto las riendas mientras descansaban y se había perdido, dejándole en la estacada. No parecía una excusa muy convincente, pero no tenía ganas de discutir al respecto. Tuve la impresión de que alguien se lo había robado y Caiy no estaba dispuesto a confesarlo.

No había forma de rodear el bosque, de modo que seguimos el camino y éste se acabó en pleno bosque. Como era verano, los lobos serían escasos y los osos andarían por las colinas. De todos modos, los árboles producían una sensación que no me gustaba nada, sombreados y silenciosos, con el sonido de pequeñas corrientes de agua que parecían cadenas metálicas, y de pájaros que no cantaban, pero que aleteaban y saltaban. «Negra» ni relinchaba ni se quejaba —si hubiera esperado a conocerla mejor, le habría puesto un nombre relacionado con su valor y su afectuosidad—, pero tampoco parecía sentirse muy segura en medio de aquel bosque.

—Huele mal —dijo Caiy, que había sido lo bastante amable como para no comentarlo respecto a mí—, como si algo estuviera pudriéndose, o fermentando.

Gruñí. Pues claro que olía mal. ¿Qué se creía aquel tonto? Pero el olor le puede decir muchas cosas a uno. Cosas sobre los siglos. Allí estaban las sombras que habían regresado en cuanto Roma apagó su lámpara y se retiró, dejándonos envueltos en sombras.

Y entonces, Caiy, el idiota, empezó a cantar para sustituir a los pájaros que no lo hacían. Tenía una voz agradable, clara y brillante. No le dije que dejara de hacerlo. Las sombras ya sabían que nosotros estábamos allí.

Al llegar la noche, el bosque oscuro se cerró sobre nosotros como la puerta de un sótano.

Encendimos un fuego y compartimos mi sopa. Él también había perdido sus provisiones con el caballo.

—¿No deberías atar eso... tu caballo? —sugirió Caiy intentando no insultar a mi yegua, puesto que sabía que éramos buenos compañeros—. Mi caballo estaba atado, pero algo lo asustó y rompió las riendas y echó a correr. Me pregunto qué pudo haber sido —musitó, mirando el fuego.

Y eso fue lo que descubrimos unas tres horas después.

Yo estaba durmiendo, y soñando con una de mis mujeres, allá arriba, en el norte, y ella me regañaba, tratando de iniciar una disputa, que era lo que siempre hacía por ser más alta que yo y porque le gustaba que le zurrara de vez en cuando para sentirse frágil, femenina y dominada. En el instante en que vació la jarra de cerveza sobre mi cabeza, escuché un sonido procedente del cielo, como una tormenta que no era una tormenta. Y supe en seguida que ya no estaba soñando.

El sonido continuó en tres o cuatro estampidos secos que dejaron el bosque estremecido. Hubo una especie de temblor en el aire, como si los sedimentos se hubieran visto agitados. Y, además, percibí un olor distinto, un olor húmedo y malsano y, sin embargo, hormigueante. Abrí los ojos sólo después de que hubo desaparecido el sonido y los pelos de mi cuerpo se hubieron aquietado a lo largo de mi cuerpo.

«Negra» se hallaba pegada al suelo, con los ojos muy abiertos, pero en silencio. Caiy se había levantado, mirando hacia las copas de los árboles y el cielo sin estrellas. Después, me miró a mí.

—¿Qué ha sido eso, en el nombre del Toro?

Observé que el juramento mostraba su pertenencia al mitraísmo, lo que, en general, significaba a Roma. Me senté, me froté los brazos y el cuello para recuperar mi humanidad y fui a consolar a «Negra». A diferencia de aquel caballo tonto de mi compañero, mi yegua no se había soltado.

—No puede ser un pájaro —siguió diciendo él—, aunque habría jurado que algo ha volado sobre nosotros.

—No, no era un pájaro.

—Pues tenía alas. O..., no, no han podido ser de ese tamaño.

—Sí, pueden tenerlas. Aunque, desde luego, no les llevan muy lejos.

—Farmacéutico, deja de provocar. Si lo sabes, ¡dilo de una vez! Aunque no entiendo cómo puedes saberlo. Y no me digas que se trata de algún sangriento demonio de los bosques, porque no voy a creérmelo.

—No es nada de eso —le aseguré—. Es algo bastante real. Algo natural, a su modo. No es que haya visto ninguno con anterioridad —me apresuré a añadir—, pero sí he conocido a quien lo ha visto.

Caiy ya estaba medio loco, como un chiquillo que no puede solucionar un acertijo.

—¿Y bien?

Supongo que me había irritado lo suficiente como para hacérselo pasar mal, porque me limité a citar un canto sin sentido:

— *Bis terribilis... Bis appellare... ¡Draco! ¡Draco!*

Finalmente, él tuvo que sentarse.

—¿Qué? —preguntó al fin.

A mi edad ya no debería ser tan presuntuoso.

—Era un dragón —dije.

Caiy se echó a reír. Pero lo había visto, y sabía mejor que yo que tenía razón.

Aquella noche no sucedió nada. A la mañana siguiente reanudamos nuestro camino y encontramos una senda estrecha, y el bosque empezó a aclararse. Poco más de un kilómetro después salimos a un páramo. El terreno bajaba hacia un valle, y al otro lado había unas colinas bañadas por el sol. Pero también había algo más.

Naturalmente, Caiy lo dijo primero, como si cualquier cosa nueva le sorprendiera, como si ninguno de nosotros hubiera estado esperándolo de algún modo.

—Este lugar huele mal.

—Hummm.

—No me gruñas, condenado curandero. Huele mal, ¿verdad? ¿Porqué?

—¿A ti qué te parece?

Él meditó un rato, pálido, tras de mí. «Negra» intentó patear la tierra y finalmente desistió.

Ninguno de los dos había dicho nada respecto a lo que había interrumpido nuestro sueño en el bosque, pero cuando le dije que ningún dragón podía llegar muy lejos volando, pues por todo lo que había oído decir sobre ellos eran demasiado grandes y sólo una caprichosa ligereza de sus huesos les permitía levantar el vuelo, supongo que él se lo creyó de veras. Y ahora, allí estaban el valle y las colinas, y aquel olor que lo impregnaba todo, un olor extraño, fétido que, en realidad, no podía compararse con nada. Porque era el olor del dragón. Reflexioné un momento. No cabía la menor duda: el dragón salía de patrulla aérea la mayoría de las noches, trazando círculos lo más amplios posible para ver qué había por allí que pudiera convenirle. También había oído decir otras cosas sobre ellos. Aquellas bestias cazaban por la noche, como los gatos. Al mismo tiempo, un dragón tiene los hábitos del cuervo. Es capaz de atacar y matar, pero normalmente mata carroña, cosas muertas o a punto de morir, o inmovilizadas. Es ligero, como tiene que

ser para poder surcar los cielos, pero la falta de peso queda compensada por la armadura, los dientes y las garras. También había oído hablar de dragones capaces de escupir fuego, aunque esto último no acababa de convencerme. Me parece que es mucho más probable que tales monstruos vivan en cavernas volcánicas, siendo la propia montaña la que arroja el fuego, aunque el mérito se lo lleve el dragón. Pero quizá no sea así. Este dragón, estaba seguro de ello, no arrojaba fuego, porque en tal caso el terreno habría estado calcinado en varios kilómetros a la redonda. Había escuchado historias en que eso ocurría así. Y allí no había observado ninguna huella de fuego. Únicamente aquel olor fétido que ya conocíamos tan bien cuando empezamos a bajar hacia el valle, y que nos había impregnado de tal forma que ya apenas nos dábamos cuenta, ni del mal olor ni de nada más.

Le ofrecí toda esta información a mi pasajero. Siguió un prolongado silencio, hasta el punto que pensé que debía de haberse quedado sin habla ante tanta charlatanería por mi parte, pero finalmente dijo con voz muy baja:

—Tú crees en todo eso, ¿verdad?

No me molesté en replicar a algo que era evidente, y me limité a acariciar a «Negra», tratando de hacerla retroceder por el mismo camino por donde habíamos llegado. Pero el animal se mostraba inseguro, y por primera vez muy poco dispuesto a cooperar. De pronto, la fuerte mano de Caiy cayó sobre mi brazo.

—Espera, boticario. Si eso es cierto...

—Sí, sí —le dije, suspirando—. Quieres ir y desafiarlo y convertirte en un héroe.

Se mantuvo firme como el mármol, como si estuviera hablando de alguna mujer a la que él creyera amar. No veía razón alguna para malgastar mi tiempo y mi experiencia con un hombre como él, pero le dije:

—Nadie ha matado nunca a un dragón. Tienen todo el cuerpo blindado con placas, incluso en el vientre. Las fle-

chas y las lanzas rebotan sobre él. Las espadas resuenan y se parten por la mitad. Sí, sí —repetí—, habrás oído hablar de hombres que le cortaron la lengua, o que le clavaron una estaca en un ojo. Déjame decirte que si se las arreglaron para llegar a ese extremo, lo único que consiguieron fue encolerizar aún más al bruto. Piensa en el tamaño y configuración de la cabeza de un dragón, tal y como se la representa. Se necesita un buen empuje para que la estaca penetre desde el ojo hasta el cerebro. Y, además, ya sabes que existe la teoría, de que el párpado también está blindado y puede bajarlo con gran rapidez.

—Boticario... —se limitó a decir.

Me pareció que sonaba a una peligrosa advertencia. Sabía qué aspecto debía de tener ahora Caiy. Elegante, noble y loco.

—En tal caso, no seré yo quien te lo impida —le dije—. Bájate, sigue tu camino y que tengas mucha suerte.

No sé por qué me preocupé. Tendría que haberle bajado de la yegua y alejado de allí a uña de caballo, aunque no estaba seguro de que «Negra» pudiera reaccionar con la rapidez suficiente, de lo inquieta que estaba. Pero no fue eso lo que hice, entre otras cosas porque al instante siguiente él tenía su espada junto a mi cuello, y ésta estaba tan afilada que me brotó la sangre.

—Tú eres el sabelotodo —me dijo—. Y parece que sabes mucho más que yo sobre esto. De modo que ahora eres mi guía, y tu escuálido caballo, si es que merece ese nombre, será mi medio de transporte. Así que, adelante los dos.

Eso fue todo. Nunca se me ocurrirá discutir con una espada desenvainada. Durante el día, el dragón estaría tumbado, digiriendo y medio dormido, y por la noche podría buscarme algún agujero donde esconderme. Al día siguiente, Caiy ya estaría muerto y, desde luego, yo habría visto un dragón.

Después de hora y media de marcha durante la que logré convencerle de que envainara la espada y me amenazara con una daga contra las costillas, lo que sería más cómodo para ambos, nos encontramos de pronto con un pueblo de cabañas de troncos. Era del estilo salvaje de los nortehños, aunque grande, y no aparecía rodeado por un muro en todas sus partes. En aquel extremo sí que lo había y en la puerta había unos hombres observándonos.

Caiy se sintió ofendido al tener que cabalgar hacia ellos en la grupa del caballo de otro, pero ahora ya sabía lo difícil que le hubiera resultado tratar de manejar a «Negra» por sí solo. Quizá ni siquiera intentó pretender que era su caballo.

Cuando empezamos a recorrer el camino de guijarros que conducía hasta la puerta, saltó del caballo y echó a correr, llegando antes que yo, y empezó a hablar.

Cuando me acerqué le oí anunciar con su tono de voz más dramático y hermoso:

—... Y si eso es un hecho, juro por la Victoria de la Luz que me enfrentaré a esa cosa y la mataré.

Los hombres murmuraban. En aquel lugar el olor del dragón parecía más ácido, más saturado, aunque ya estábamos acostumbrados a él. La pobre «Negra» había estado temblando de terror durante todo el camino. Si teníamos suerte, encontraríamos algún terreno bajo, alguna cueva o lugar fuera del alcance, donde los del pueblo guardaran sus animales fuera de la vista del dragón, de modo que ella pudiera compartirlo con los otros.

Evidentemente, el dragón no siempre había estado activo en aquella región, pues en tal caso ellos no habrían construido su pueblo. No, tendría que haber ocurrido todo como en las historias que había oído contar. Los dragones viven siglos. Y también pueden dormir durante siglos. Sin sospecharlo, el hombre penetra en sus regiones, comienza a instalarse y a construir y a prosperar. Y entonces, el dragón dormido despierta un buen día. Se dice que, en ese

sentido, son como los volcanes, lo que quizá también ayude a explicar el por qué tantas leyendas afirman que arrojan fuego cuando despiertan.

Lo más interesante de todo, sin embargo, fue que el pueblo no parecía admitir nada de la existencia del dragón, aun a pesar de su olor.

Caiy, una vez tomada la decisión de enfrentarse a él, y temiendo haberse equivocado, empezó a fanfarronear. Los hombres que vigilaban la entrada se asustaron y se volvieron peligrosos. Yo me aproximé, conduciendo a «Negra», señalé mi caja de pociones, y dije:

—Bueno, si no queréis que se mate a vuestro dragón, yo puedo remediar alguno de vuestros otros problemas. Tengo medicinas para casi todo: diviesos, verrugas, dolores de oídos y de dientes, ojos enfermos, enfermedades de la mujer. Aquí tengo...

—Cállate, sapo venenoso —me interrumpió Caiy.

Y, de pronto, uno de los guardias se echó a reír. Y la tensión desapareció.

Diez minutos más tarde nos permitieron cruzar la puerta y, caminando sobre estiércol de vaca y flores silvestres, cuyo olor se veía apagado por el otro olor, fuimos conducidos a la cabaña del jefe.

Fue unas dos horas después cuando descubrimos por qué se habían mostrado inquietos los guardianes ante el aspecto de caballero campeón y dispuesto al rescate de mi compañero.

Al parecer, habían regresado a la forma antigua de hacer las cosas, la propiciación, la víctima propiciatoria. Durante tres años habían estado ofreciendo una víctima al dragón en la primavera y a mediados del verano, cuando era probable que estuviera más activo.

Cualquiera que supiera algo de dragones a través de los libros les habría dicho que no era esa la mejor forma de tratarlos. Pero ellos conocían a su dragón a través del mito. Cada vez que hacían un sacrificio, imaginaban que la bestia

era capaz de comprender y apreciar lo que hacían por ella y que, por lo tanto, sería más tratable.

En realidad, el dragón nunca había atacado el pueblo. Había atacado el ganado que pasaba la noche en los pastos, matando vacas viejas o enfermas, o corderos demasiado jóvenes o débiles para correr. También se había llevado a gente, pero sólo a las que estaban mutiladas y solas. Como ya he dicho, un dragón suele ser perezoso y prefiere la carroña o aquello que está indefenso. A pesar de que son grandes, no lo son tanto como para perseguir a toda una tribu de hombres. Y aunque ni cuarenta hombres juntos serían capaces de herirlo siquiera, podrían agotarlo si se decidieran a atacarlo todos juntos. Finalmente, lograrían que hincara la rodilla y entonces podrían vaciarle el cerebro. Sin embargo, nunca he oído hablar de cuarenta hombres capaces de atacar así a un dragón. Los dragones siguen estando rodeados de leyendas de temores nocturnos y misterios espirituales, y últimamente ha surgido una superstición oriental que habla de un poderoso demonio capaz de asumir la forma de un dragón invencible y que, naturalmente, arroja llamas por la boca. De modo que este pueblo, como tantos otros, elige a su víctima propiciatoria, una joven atada a un poste, y la deja allí para que el dragón se apodere de ella. ¿Por qué no? Ella está indefensa y mareada por el terror..., y es joven y tierna. Perfecto. Nunca se les podría convencer de que, en lugar de aplacar al monstruo, lo único que hacen con ese sacrificio es animarle a quedarse en la zona. Se puede considerar la cuestión desde el punto de vista del dragón. No sólo puede devorar sus cabezas de ganado muertas o enfermas, sino que de vez en cuando también puede darse un banquete con una joven damisela muy jugosa. Los dragones no piensan como los hombres, pero también tienen memoria.

Cuando Caiy se dio cuenta de lo que estaban a punto de hacer aquella noche, tal y como pudimos descubrir, se puso rojo y luego blanco, aunque no de rabia. Él no com-